

LA ARQUEOPOESÍA DE ELISEO DIEGO

PEDRO P. GODO



La temática arqueológica tiene la impronta de la antigüedad, los objetos y los sucesos, la humanidad de aquellos hombres que poblaron Cuba, por ello no sorprende que en el libro *Los días de tu vida* (1977), de Eliseo Diego, encontremos algunos poemas sobre nuestro pasado aborígen. La presencia del tiempo ha marcado la obra poética de este autor, y tal razón justifica su atención para entregarnos una arqueopoesía de la vida cotidiana, una invitación a ese pedazo de la historia a veces mal olvidada. Él se ha detenido en la superficie de un sitio de habitación aborígen, en las humildes vasijas de barro, las magníficas hachas, los animales mitológicos y el traumatismo de la conquista europea; en fin, en los días de la vida de nuestros aborígenes.

Un profesional de los tiestos y los útiles de piedra observará que su poesía no ha desvirtuado el espíritu de la historia. Si de nombrar las cosas se trata, aquí tenemos la visión particular del poeta, la invitación a compartir lo recreado con las palabras, lo que a su vez permite las múltiples lecturas. Las cosas serán la suma de las atenciones de todos los hombres; él nos ha concedido esa licencia al decir:

A lo que Dios me dio en herencia he atendido tan intensamente como pude a los colores y sombras de mi patria; a las costumbres de sus familias; a la manera en que se dicen las cosas mismas —oscuras a veces y a veces leves. Conmigo se han de acabar estas formas de ver, de escuchar, de sonreír, porque son únicas en cada hombre: y como ninguna de nuestras obras es eterna o siquiera perfecta, sé que les dejo a lo más un aviso, una invitación a estarse atentos.

En estos poemas Eliseo Diego sigue fiel a su actitud ante las cosas, lo que es nombrar las cosas y mostrarnos su espiritualidad, la temporalidad y la permanencia, las dimensiones del tiempo y la historia. *Los días de tu vida* es un libro sobre el tiempo y todas las circunstancias que lo nombran; así, la arqueología le ofrece suficiente materia prima para el misterio de su poesía. La incursión en la temática aborígen nos deja el testimonio de una realidad en la cual también hay cosas, sitios y sucesos que merecen su atención. Pero no es una retrospectiva conforme o resignada a evocar o rememorar algo irremediablemente perdido; la reflexión poética devuelve el lejano ancestro a nuestros días y acaso en una senda de memoria permanente que se pierde en el devenir. He aquí la contemplación de los restos de un sitio arqueológico:

*Dirán entonces: aquí estuvo
la sala, y más allá,
donde encontramos los fragmentos
de levísimo barro, el sitio
del calor y la dicha.
("Arqueología")*

El arqueólogo observará las estructuras de una vivienda, el basure-ro de los objetos desechados o los restos de los fogones. La recons-trucción histórica es parcial y fragmentaria, en tanto que la vida cotidiana emerge de la poesía cuando ésta ocupa el lugar de la ciencia y refleja la humildad de aquellos hombres de un menor nivel de desarrollo so-cial. Después de cientos de años se ofrece la imagen de lo que existió:

*Luego
vendrá una pausa, mientras
el viento alisa los hierbajos
inconsolables; pero
ni un soplo habrá que les evoque
la risa, el buenas tardes,
el adiós.
("Arqueología")*

Otro poema se refiere al proceso de elaboración de un hacha. La denominación del artefacto es sólo el punto de partida. Tiene forma de pétalo por deseo del artesano y al pasar los años, los arqueólogos acuñarán el término "hacha petaloide". Es el acto de nombrar las co-sas con las exigencias de Diego, que trascienden el nombre y la forma del objeto para tocar el fondo de las cosas. La emoción que ha sentido el arqueólogo al tener un hacha en sus manos ya se ha plasmado en el lenguaje de la poesía: "Sólo el alma sonriente de la piedra verde brilla en el hoy de siempre". Este poema recorre las dimensiones del tiempo desde la confección del objeto y en la medida de la creación imperecedera que el poeta reafirma y entrega a la posteridad. No hay fronteras entre la obra y el hombre, aunque la memoria no pueda re-gistrar siquiera el nombre del artesano aborigen, y no es porque la naturaleza de la piedra resista el tiempo como ningún otro testigo ar-queológico, sino porque el artesano en su labor solitaria, a la luz de un octubre precolombino, le dio el alma.

Las cosas tienen vida propia por su permanente identificación con los hombres. Si aquel poema recrea la construcción de un hacha puli-da y se nombra "Artesanos", y en otro una vasija de barro "fue delicia de su dueña", también asistimos al nacimiento de la rana mítica, ani-mal de singular importancia en la cosmovisión aborigen:

*Un día
—ya crepúsculo: noche— vas y sacas
esta rana del barro.*

*¡Sí,
como si fuese nada, pronta
junto al filo del salto, la ranita
fresca en tus dedos!
("Rana taína")*

Así, más que una radiografía de las cosas, en el centro de sus inte-reses como poeta está el hombre, los seres anónimos que concibie-ron tales realizaciones culturales. Esta concepción está hermanada a la posición más progresista de nuestra ciencia y es opuesta a alguna arqueología cuyo único fin es cuantificar y describir piedras o tiestos. Este acercamiento a la vida cotidiana es fruto de un vivo testimonio. Diego se traslada a la época aborigen, asiste a la confección de los útiles, conversa con los artesanos y escribe los poemas en tiempo presente. Asume una actitud sin prejuicios ante nuestros primeros padres y reconoce los valores de su cultura.

No es su poesía la de los temas épicos. Llama la atención que Diego no se interese por la rebeldía de los caciques Hatuey y Guamá u otros episodios memorables de la conquista y pacificación de la isla, sino por los simples útiles arqueológicos. Al artesano de la palabra debe-mos que éstos se eleven sobre el contexto de la cotidianidad aborigen y que, en consecuencia, ya no podamos concebirlos como arte u obje-tos museables sino inmersos en la dimensión del proceso histórico. Así, una vasija de barro con un asa zoomorfa no es sólo un utensilio para la contención de alimentos. A la mirada del poeta, tiene en princi-pio el mundo espiritual de su dueña y también será el buen pretexto para expresar el fenómeno de la conquista europea:

*[...] Luego el bronco
escándalo extranjero
sofocó los murmullos
del afán diario [...]
("Vasija india")*

A resultas, la huella de la cultura aborigen se disipa a través de imágenes que manifiestan la pérdida de los atributos de la vasija:

*[...] Luego el tiempo
—el cauto, el taciturno—,
con astucia y paciencia, fue borrando
el humo, el vaho de los dedos
de suavísimo bronce. Luego vino
el sol de nuevo, y los ojillos
redondos de la bestezuela
miraron ciegos.
("Vasija india")*

En el sustrato de la poesía de Eliseo Diego se reconoce la identidad histórica de la cultura aborígen, enfoque opuesto a la visión eurocentrista del descubrimiento del Nuevo Mundo. El suceso tiene otra interpretación a partir de *La invención de América*, como lo llamara Edmundo O'Gorman, invención geográfica e histórica del continente. No se descubre lo que ya tenía existencia propia, por cuanto todo fue negado: pueblos, cultura, religión. España concibió a América a la medida de su semejanza y aspiraciones; continuidad de las instituciones europea y tierra prometida para una nueva vida. Y entre tanto material que desencadenara la universalidad geográfica e histórica de la humanidad, la poesía prefiere el instante en que Cristóbal Colón, ante su diario de navegación, enfrenta el trascendental acontecimiento:

*Escribir la primera palabra será como empezar a no ser,
como
engendrar o como morir, los dos extremos
que son una y la misma embriaguez, pavorosos principios,
triumfos, catástrofes, glorias [...]
toda la inagotable riqueza está urgiéndolo, soplándole.*
Cimbrado
*como una caña,
vibrante de terror y de júbilo, por fin Cristóbal Colón hunde
su pluma en la página.
Comienza entonces la invención de América.
("Cristóbal Colón inventa el Nuevo Mundo")*

Pero el reconocimiento de la cultura aborígen no es un apartado o prehistoria sino parte constituyente de la etnogénesis cubana. El poema "Pequeña historia de Cuba" es un fresco de nuestras luchas, el futuro y los pueblos que forjaron la patria. Desde la impronta del colonialismo, con su sed de oro y el exterminio físico de los aborígenes, y después el otro oro de las plantaciones y la esclavitud de los negros africanos hasta que, al decir del poeta, "Con lo que nos cansamos por fin los blancos y los negros (indios ya no habla) / y nos quemamos los ingenios (¡cómo chillaban!) y nos / quemamos los plantíos (¡cómo lloraban!)", en una clara alusión a la gesta independentista y la consolidación de nuestra nacionalidad. A la pesadilla republicana sucede un nuevo jalón en el camino de la epopeya de liberación:

*y ya poder irnos, soñando, a casa. Mañana será la Isla
como la vio Cristóbal, el Almirante, el genovés de los duros
ojos
abiertos,
en amistad la tierra con el mar, tierra naciente
de transparencia en transparencia, iluminada.
("Pequeña historia de Cuba")*

Arqueología y literatura...

En ese desvelo de perseguir los recuerdos que no deben morir, Diego atendió a la más temprana historia de la patria, nombrando a los hombres y a las cosas de manera que en conformidad con su credo literario hoy podamos llamarlos con el alba. Cumplido es ya el medio milenio del encuentro de los mundos, lo que debe ser el verdadero descubrimiento del mosaico de razas y culturas a que dio origen la hazaña del "genovés de los ojos obstinados" en el lejano octubre de 1492. Y en esta hora de emprender una nueva y arrasadora utopía de la vida, como dijera Gabriel García Márquez, no será estéril atender esta arqueopoesía de Cuba, y que estos poemas ocupen algún lugar en la memoria de todos.



Eliseo Diego

ARTESANOS

Pules y pules, ves, el duro verde
hasta que el filo brota. Le has querido
forma de pétalo.
(Más tarde
alguien, sagaz, dirá: el hacha
tiene forma de pétalo).

A solas
pules y pules en la luz de octubre
hasta que asoma el alma de la piedra
en un hoy sonriente.
Lejos
está mañana, como lejos
ayer quedó contigo.

Sólo el alma
sonriente de la piedra verde
brilla en el hoy de siempre.

VASIJA INDIA

Esta vasija, con el asa
donde un animalillo asoma
su pico ansioso, fue delicia
de su dueña. Luego el bronco
escándalo extranjero
sofocó los murmullos
del afán diario. Luego el tiempo
—el cauto, el taciturno—,
con astucia y paciencia, fue borrando
el humo, el vaho de los dedos
de suavísimo bronce. Luego vino
el sol de nuevo, y los ojillos
redondos de la bestezuela
miraron ciegos
¿Fue, quizás,
desde el principio, este vacío
la razón de su azoro?
El alfarero
mezcló a la arcilla el desamparo,
su ser hizo de asombro.

Eliseo Diego